

Sueño del Retorno

Yo soy el navegante que regresa.
Vuelve mi canto a la heredad del agua
de este Lago mayor nicaragüense.

Patria de viento y olas, te saludo.
Sordo estaba de ausencia y soledades.
Mas ya el rumor de tu presencia escucho.

Y aquí donde nací, cerca del puerto,
mojada de resaca melodiosa
se me infla el alma como vela al viento.

Vengo oxidado del exilio amargo.
Pero mi corazón se llena de olas,
meciendo su niñez sobre las algas.

O varado cayuco de indolencia,
sueño en lunas de mangles y de cocos
y noches de tormenta en Zapatera.

El alba del retorno se amapola.
Y al escribir tu nombre sobre arena,
el sol se prende y rueda de mis ojos.

Alegre, bates tu guarapo verde.
O pintas con añiles la mañana.
Es hora de que partan los lancheros.

Los brunos marineros de San Jorge
y curtidos boteros de Ometepe
van cantando de pie sobre la proa.

Remando por mi sangre un indio llega
de la tierra insular que al cielo impulsa
sus dos altos pezones de doncella.

Al Istmo viene donde un tiempo alzara
su palabra y sus tiendas el Cacique
que el paso de los astros indagara.

Nicaraocallí —oh flor de nahoa—
la miel edificaba de la abeja,
y al pájaro mandaba hacia sus trojes.

Y a compás de tambor y chirimía,
danzaban sus muchachas de caoba
cuando la luna en Chontalpán nacía.

Así del Cocibolca a la ribera,
sigo al indio, venado asustadizo,
tras la culebra gris de una vereda.

Se pierde en la maraña sin memoria
donde el ídolo yace soterrado
entre hojas muertas, y en oscuro lodo.

Hacia el Gran Lago

Regreso, pues, a la sonora playa
donde en espejos de agua se refleja
el brillo antiguo de española espada.

Su evocación aquí la espuma entrega
al esbozar la faz de Gil González
tendiendo su blancor por la ribera.

El mediodía enciende sus braceros.
Y me voy en un barco de alta vela
a navegar por islas y archipiélagos.

Pero un viento de siglos me conduce
hacia donde vio Alonso de Calero
que el Gran Lago desagua sus azules.

Ya en San Carlos, la tarde sangra en olas.
Y vena adentro del San Juan, el barco
se moja de crepúsculo en la proa.

Aquí donde se apartan las montañas,
y el dulce mar se angosta y se hace río,
es triste recordar en Nicaragua.

Es ver la noche de siniestras sombras
de los Drake, los Dampier y los Gallardillos,
subiendo por el río que los nombra.

Oír la marejada del destino
en tanto el río baja al mar inmenso,
de llanto llena mi fluvial camino.

Mas ya la luna en los raudales quiebra
la plata de su remo, y es entonces
Rafaela Herrera que en su luz navega.

Juegan los luceros de corsarios,
lanzando sobre el lomo de los peces
la lluvia luminosa de sus dardos.

Me voy por el San Juan que no regresa
desde la heredad de nuestras aguas,
tras de pescar el gozo y la tristeza.

Así despierto en mí cuando amanece
y el rocío del viaje entre mis ojos
sobre mapa de sueño permanece.

En vela, ola y viento, azul quebranto.
Y hoy por cielos del Río y del Gran Lago,
a vuelo de gaviota, el pensamiento
escribe con sus plumas este canto.

ALBERTO ORDOÑEZ ARGÜELLO